



Reflexiones sobre EL BOOM DE LA NOVELA NEGRA SUECA (o por qué no acabaré nunca de leer la trilogía Millennium de Stieg Larsson)

ÁNGELES SALGADO

Nativa de Valladolid, y residente en Barcelona, España. Licenciada en Historia. Diplomada en Historia, Crítica y Estética de la Cinematografía. Obtuvo el grado de Maestría en Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona. Articulista en varios diarios y revistas de su país, en México ha publicado en Solar.

Para César Antonio Sotelo

Como sería un acto de soberbia romper todos los tópicos, empezaremos estas reflexiones sobre Stieg Larsson, el autor sueco de novela negra del momento, con la inveterada e innecesaria costumbre de justificar –¿y justificarse?– la lectura y el análisis de la novela negra, la querida, fiel e imprescindible novela negra.

¿Es un género menor? ¿Es un subgénero? Literatura de consumo, de kiosko, de lectura rápida en aviones o trenes... Pobre novela negra, frente a la “alta cultura”, la “gran literatura” de sillón de orejas en enorme salón bien iluminado, parece que tiene perdida la batalla del prestigio. Porque, como señala Colmeiro en su excelente obra *La novela policiaca española: teoría y crítica*, la crítica tradicional siempre ha mantenido bien diferenciados los conceptos de “alta” y “baja” cultura, diferenciación que ocultaba una división social entre cultura dirigida a las clases altas e ilustradas y cultura de masas, obviamente no ilustradas. No es hasta mediados del siglo XX, sigue señalando Colmeiro, cuando se empieza a descartar esta estratificación socio-cultural-literaria, y se considera todo hecho cultural, toda obra literaria, como un todo dinámico, más allá de cualquier intento de inmovilizarla en una categoría predeterminada.¹ Sin olvidarnos, además, de lo que ha supuesto el postmodernismo en la ruptura de compar-timientos estancos en el arte, en la mezcla de géneros y estilos y, por tanto, en la intertextualidad y ampliación de niveles de lectura en toda obra artística y, consecuentemente, literaria.

Quizás sean todas estas nuevas tendencias críticas –operaciones de *marketing* aparte– la causa de la cierta consideración en que se tiene actualmente la novela negra. Por otro lado, es evidente la abundante producción creativa y

editorial de este tipo de novela. Podemos solventar la cuestión de la aceptación del género con la respuesta fácil, aunque no por ello incierta, de que en la sociedad de lo *light*, del pensamiento débil, no cabe otra literatura que la de divertimiento en el sentido más descarnadamente pascaliano del término. Pero intentemos encontrar respuestas más enjundiosas, aunque solo las tratemos de forma superficial.

Podemos preguntarnos hasta qué punto la novela policiaca² ha sustituido en nuestros días a lo que se conoció como novela social. Este género, que triunfó en la posguerra mundial hasta la década de los sesenta, actualmente está agotado literariamente y perclitado idelógicamente, pero ¿han desaparecido los problemas que se reflejaban en estas novelas?, ¿hay alguien, aparte del feliz fundador de la teoría, que considere que ha llegado el fin de la historia? Puede que leamos aquello del capitalismo triunfante y globalizado, pero la evidencia de la injusticia social nos rodea. La narrativa contemporánea, la prestigiada como literatura culta, parece haberse desentendido en gran parte de la violencia e injusticia que caracterizan nuestras sociedades; parece más preocupada por los problemas del individuo –quizá por los del propio escritor– que por los problemas sociales. En esta especie de ensimismamiento, la novela contemporánea parece haber perdido el gusto por narrar historias de personas, las cosas que les pasan a las personas. O lo hacen desde unas formas, desde un estilo dirigido a iniciados, convirtiendo la literatura en algo cerrado y endogámico.

La novela negra viene a llenar este vacío de preocupación por la injusta situación política y económica que nos toca vivir, fundamentalmente poniendo de manifiesto las contradicciones del sistema capitalista. De la misma manera, la novela negra alivia la sed de historias, de relatos sobre personas que muchos lectores no encuentran saciada con otro tipo de literatura. El gusto por la narración es consustancial al género humano y de una manera u otra el hombre siempre ha buscado y buscará cómo satisfacer este placer de la narración.

Dentro de todo este panorama de nuevo auge de la novela negra se puede enmarcar el éxito de la novela policiaca nórdica y más concretamente sueca. En mi opinión, su éxito reside en que reúne todos los aspectos que hemos señalado antes: son relatos de y sobre la vida de personas, son un reflejo de la sociedad actual y, sobre todo, critican una sociedad autocoplaciente y que se ha considerado modélica representada en el estilo de vida nórdico. El mundo entero ha envidiado durante décadas el estado creado por la socialdemocracia sueca, una sociedad con un sistema socioeconómico equitativo, igualitario en cuanto a disfrute de derechos, y una sociedad libre de los prejuicios sociales que atenazaban a las sociedades mediterráneas e, incluso, a las anglosajonas. Si tuviera que aventurar una explicación para este apogeo de la novela policiaca sueca creo que me decantaría por el vértigo. Vértigo ante el desmantelamiento progresivo de su estado de bienestar y quizás sea este malestar, esta angustia una especie de explicación, rayana en lo anecdótico, si se quiere, de por qué necesitan una media de más de quinientas páginas para contar sus historias. La confusión, la incredulidad ante la invasión de la corrupción en un estado –y como parte de él, la policía– que parecía inmune a esta práctica; la congoja ante la intromisión de elementos antidemocráticos, de ideología cercana al nazismo, en esta misma policía, en definitiva, la constatación de la existencia del mal en una sociedad convencida de su bondad, autosatisfecha en su *buenismo* y en la ausencia de autocrítica, ha sumido a estos autores en la necesidad de explicar minuciosamente todos estos fenómenos.

Stieg Larsson solo es uno más; de momento, el último que conocemos traducido al español, que plasma en sus novelas este desmoronamiento de los principios éticos en que se sustentaba su modo de vida. No es el primer escritor sueco que plantea estos problemas, pero sí el que más éxito ha alcanzado. La venta de sus libros (los tres volúmenes de la trilogía *Millenium*) se cuenta por millones de ejemplares. Su nombre aparece cada día en los periódicos, y no solo en las páginas de cultura –en los últimos días de agosto el presidente de gobierno español, Rodríguez Zapatero realizó un viaje oficial a Suecia y visitaría la capital sueca “para conocer el Estocolmo de Larsson”, según los titulares de la prensa–, sus críticas han sido abrumadoramente positivas.

Paradójicamente, el propio autor no ha podido vivir este éxito. Murió en noviembre de 2004, unos meses antes de la publicación del primero de sus libros, *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Tenía cincuenta años y trabajaba, como su protagonista, para la revista *Expo*, realizando artículos de investigación sobre corrupción económica. Las dos siguientes entregas de la saga han obtenido un éxito similar, *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina* y *La reina en el palacio de las corrientes de aire*.

Toda esta historia de éxito se ve aderezada con algunos elementos que no tienen nada que ver con lo literario. Larsson vivió durante muchos años con una mujer con la que no estaba casado y que no ha podido heredar nada de los derechos de autor que han recaído sobre el padre y el hermano de Larsson con los que no mantenía relaciones durante años. Y para alimentar aún más el morbo y el mito

sobre un personaje que no ha podido conocer su éxito, se sabe que existe una cuarta entrega incompleta de *Millenium* en un ordenador que permanece “secuestrado” en algún desconocido lugar. Todas estas circunstancias extraliterarias ayudan a hacer del escritor un personaje atractivo mediáticamente. Pero las claves literarias por las que una novela se convierte en un *best seller* son y serán siempre un misterio.

Como decimos no es el único autor que escribe sobre temas relacionados con la sociedad sueca, ni mucho menos. Por una parte, está el conocido Henning Mankell, perplejo por la violencia explícita, reflejo de otra latente, que estalla en su pequeña población del sur de Suecia. Y no hay que olvidar que Mankell empezó su serie de Wallander hace casi veinte años.³ Igualmente significativo es el título que, más recientemente, Leif G.W. Persson le ha puesto a su trilogía, una obra más directa, más explícitamente política, más dura que las novelas de Wallander, *El declive del estado del bienestar*. Y aún podemos remontarnos más atrás en el tiempo. En la década entre 1965 y 1975 el matrimonio formado por Maj Sjöwall y Per Wahlöö creó al comisario Martin Beck al que convirtieron en protagonista de una serie de diez novelas. En sus obras, auténticos precedentes de la actual novela negra sueca reconocidos por el propio Mankell,⁴ aparecen criticados todos estos factores: la corrupción policial, la falibilidad del aparente bienestar económico, la insolidaridad social... De modo que no es la originalidad de sus planteamientos ni de sus puntos de partida lo que caracterice la obra de Larsson.

Tampoco me parece que su personaje femenino tan supuestamente trasgresor sea una creación surgida *in albis*. ¿Quién no recuerda la explosión del camión provocada por las estupendas Thelma y Louise, transmutadas en ángeles vengadores de todas las mujeres humilladas? Pero en el ámbito de la literatura, de la literatura negra, de la literatura negra sueca, se puede encontrar un personaje embrión de Lisbeth Salander. En *El policía que ríe*, Sjöwal y Wahlöö inventan un personaje, Asa Torell, que tiene en común con Salander su marginalidad, su aislamiento social, su profunda soledad y una vida sexual un tanto fuera de lo considerado normal. Entre Torell y Salander han pasado cuarenta años, las costumbres sexuales han cambiado tanto que, actualmente, para sorprendernos, la protagonista ha de tener una conducta sexual que raya la patología. No basta la confusión, el aturdimiento, ni la simple heterodoxia, ya presentes en el personaje del matrimonio sueco, necesitamos la perversion. Larsson es muy consciente de que sin esta conducta sexual patológica (y no solo la de Salander) la historia engancharía mucho menos, parte de su fuerza se perdería. He aquí uno de los factores que nos hace dudar de la sinceridad de Stieg Larsson a la hora de plantearse este libro. Creo que desde un principio buscaba un *best seller*.

A la primera parte de la trilogía *Millenium* se le ha definido como un libro trasgresor. ¿Qué transgrede? Nada, desde luego, en el aspecto de la crítica social. Sjöwal y Wahlöö ya lo hicieron en los sesenta. En *El policía que ríe* –igual que en el resto de sus novelas– se encuentran críticas a las actuaciones policiales, represivas e ineficaces, a los elementos

nazis que trabajaban dentro de ella, al funcionamiento impersonal y burocratizado de la administración. En toda la serie de Wallander ya se habla claramente de las uniones peligrosas entre la economía y la política, de la promiscuidad, más vieja que el mundo, entre dinero y poder. Y en la trilogía de Persson, este es el tema principal.

Y en el aspecto sexual, como se ha comentado, más que trasgresión hay efectismo. Es inevitable plantearse algunas preguntas: ¿cómo es posible considerar a Lisbeth un nuevo modelo de una nueva mujer?; ¿por qué hemos de menospreciar a la amiga y colega de Blomkvist, una mujer que tiene un marido con el que disfrutar del dinero y un amante con el que disfrutar del sexo?; ¿no es Erika un modelo más gratificante, si es que ha de existir un modelo?; ¿consideramos una heroína a una mujer al borde de la enfermedad mental –en el mejor de los casos–, de lleno en el abismo de la marginalidad social, incapacitada para los afectos y partidaria del ojo por ojo y de tomarse la justicia por su mano? Y una última pregunta ¿hasta qué punto no es Lisbeth Salander una muestra del fracaso del feminismo de los años sesenta y setenta? Encontramos fascinante una protagonista de la historia que se ha autoimmolado para ser libre y resulta que, al final de esta historia, ni su sacrificio, ni su inmolación, ni su libertad han servido para nada porque resulta que se ha enamorado del *chico* de la historia y sufre ante su falta de interés en el caso de que Blomkvist tenga auténtico interés en algo.

Nada nuevo bajo el sol. Las experiencias y teorías para conseguir una verdadera autonomía para la mujer no parecen haber pasado por Larsson. ¿Es realmente *amar* a las mujeres hacerlas pasar por un calvario como el de Lisbeth para que sean libres? Agatha Christie, siempre moviéndonos en el campo de la novela policiaca, tenía protagonistas tan arriesgadas como ella y que, además, se lo pasaban divinamente. Por otra parte, no deja de parecerme aventurado plantear que la única salida que tiene Lisbeth ante su siniestro tutor jurídico sea la de la venganza personal, aprobando esta ya que, de rebote, se plantea que el estado no puede solucionar sus problemas. Con la justificación de la venganza se desprecia no solo el estado del bienestar, sino también el de derecho. Desde el extremo opuesto al de algunos de los protagonistas de Persson o, en menor medida, Mankell, Salander dispara contra la democracia. Pero si Persson y Mankell quieren criticar la corrupción del sistema capitalista, ¿qué quiere criticar concretamente Larsson?

Dejando de lado todas estas preguntas que admiten múltiples respuestas o incluso ninguna, no resulta creíble ni aceptable que Larsson piense que ha escrito una novela contra el maltrato a las mujeres. El maltrato a las mujeres es la disculpa, la coartada, el barniz ético para elaborar una trama de intriga. No le importa el maltrato demasiado a Blomkvist, esta nueva versión de *sueco impasible*, con el permiso de Graham Greene, al que le dan lo mismo las consecuencias de su vida amorosa en las mujeres con las que se relaciona. Es otro recurso más para hacer de esta novela, de toda la trilogía, un superventas. Hay que volver a hablar de efectismo e insinceridad si tenemos en cuenta otra novela, publicada casi al mismo tiempo, que también trata el tema de los malos tratos a mujeres, *La mujer de verde*, de Arnaldur Indridason,⁵

siempre dentro de la novela negra, en este caso islandesa. La falta de sinceridad se nos hará evidente. El maltrato a las mujeres, el sufrimiento de los niños son calificados por Indridason como “la muerte del alma” y perpetrar estos malos tratos es “matar el alma” de todos los que los padecen. El protagonista, el inspector Erlendur Sveinsson, ha sufrido un divorcio traumático, pero es muy consciente del daño que ha causado con su conducta (y la de su ex mujer) a sus hijos. La culpa le persigue, le atormenta. Por eso, quizás, está empeñado en aclarar el misterio que plantea el hallazgo de una tumba a las afueras de Reykiavik.

Y para acabar con este *remake* de “desmontando a Larsson”, mencionar lo grotesco que resulta su culpable. Un psicópata sexual que se ha pasado la vida torturando y asesinando mujeres, no es de recibo que, repentinamente, decida probar a montárselo con un hombre, como si su psicopatía fuese de quita y pon y le dieran lo mismo churras que merinas, sin ánimo de hacer un doble chiste con el dicho popular. Se pretende dar emoción a la historia, pero resulta patético, aparte de restar verosimilitud a este culpable y, por lo tanto, a la novela entera.

Todos estos factores que he señalado me incitan a pensar que nos hallamos ante una novela construida para el éxito de ventas, con la conciencia de reunir en una obra toda una serie de componentes que la llevarían a captar lectores en todo el mundo. En algunos medios se han publicado fragmentos de la correspondencia, vía e-mail, que mantuvieron Larsson y su editora, Eva Gedin. La colaboración entre los dos durante meses fue muy estrecha y la voluntad de vender y de tener éxito está presente en ambos, aparte de las habituales correcciones de estilo.

Como ocurre con todas las eclosiones ruidosas que se dan en la literatura, hay que tener mucha precaución con este pretendido *boom* de la novela negra escandinava en general y más particularmente sueca, porque ahora nos llega el aluvión de novela nórdica: Asa Larsson (ningún parentesco con Stieg Larsson), Anne Holt, Mari Jungstedt, Arnaldur Indridason, Jens Lapidus... y los que falten, mientras Mankell lanzará en otoño lo que anuncia como última entrega de Wallander. ¡Menuda cosecha nos espera! Ahora bien, solamente la tarea de cribar y separar el trigo de la paja será un placer para los aficionados a este fantástico género, ahora resucitado y aclamado, que llamamos novela negra.

Notas

- ¹ COLMEIRO, José F.: *La novela policiaca española: teoría y crítica*, Barcelona, Anthropos, 1994, pp. 23 y ss.
- ² Englobamos en este término tanto la novela clásica o novela enigma, como la novela negra, la psicológica o la de planteamiento social, tal como hace Colmeiro en su libro ya citado.
- ³ La primera edición de *Asesinos sin rostro*, primera novela protagonizada por Wallander, en español la hizo Tusquets en 2001, pero apareció en Suecia en 1991.
- ⁴ “No sabría decir cuántas veces me han preguntado qué han significado para mí los libros de Sjöwal y Wahlöö. Creo que cualquiera que haya escrito sobre crímenes como reflejo de una realidad social ha sido inspirado, de una manera u otra, por ellos”, declara Mankell en el prólogo a *Roseanna*, primera novela protagonizada por Martin Beck y publicada en España por RBA en 2007.
- ⁵ INDRIDASON, Arnaldur: *La mujer de verde*, Barcelona, RBA, 2009. La primera edición en Islandia es de 2001. (S)